

GINEBRA

LA CIUDAD DE LA PAZ Y LOS RELOJES

Escribe: FERNANDO SERPA FLOREZ

El lago Lemán, que es verde, azul y diáfano, se lanza al occidente para formar, impetuoso, el río Ródano.

Allí, en el extremo del lago donde el río comienza y blancos cisnes nadan impacibles, grupos de gentes en la edad de bronce —y, quizá, antes, durante el neolítico— formaron un poblado e hicieron un puente, el de “Génova” o Ginebra, paso obligado para ir de Roma al norte de Europa y por donde los helvecios, valerosos e indomables, trataron de irrumpir para buscar, hacia el sur, tierra de clima más favorable. Julio César, entonces, con sus legiones, a fin de proteger de los bárbaros esta vía de acceso, fundó la ciudadela de Ginebra en el año 58 A. C., con lo que comenzó la historia escrita de la ciudad.

Cuando cayó Roma, en el año 447, Ginebra fue escogida como capital del reino burgundio, que duró seiscientos años, hasta que fue incorporada al Sacro Imperio y recibió la categoría de ciudad libre, con un príncipe obispo como gobernante, bajo la protección del emperador germano.

La ciudad se convirtió, al paso de los años, en centro de irradiación cultural. Acogió forasteros. Y sirvió de estadio a las controversias religiosas que incendiarían el fin de la edad media. En el siglo XVI, bajo la influencia de Calvino, la ciudad se transformó en república y fue el núcleo más importante de la reforma protestante. De esta época apasionada, aunque austera, data la ley que hace obligatoria la instrucción pública para quienes en la ciudad habiten.

Siguieron los años su curso. Y Ginebra prosiguió dando asilo a los forasteros, a los perseguidos políticos, a las gentes independientes. Juan Jacobo Rousseau, cuya estatua se conserva en una isla, frente al lago, allí meditó sus teorías filosóficas, su “Contrato Social”, que habría de conmover al mundo y transformar la historia, cuando insurgieran sus ideas en la revolución francesa.

La Cruz Roja internacional, también habría de fundarse en Ginebra, por Henry Dunant, en 1863 y, años después, concluida la primera guerra mundial, la ciudad sería

sede de la "Liga de las Naciones", así como lo es de otras muchas asociaciones, que la han escogido como ámbito propicio para su asiento, por las características propias de esta hermosa ciudad suiza en que el ambiente todo que en ella se respira es de libertad, seguridad, protección y tolerancia.

El lago de Ginebra con sus barcos de vela pintorescos y su gran

surtidor de agua; el Monte Blanco, que preside la ciudad a distancia, la "Vieille-Ville", con sus techos empinados y sus calles angostas; los parques y las gentes, en fin, que fabrican —minuciosamente— los mejores relojes del orbe, hacen de esta ciudad un amable remanso de orden, belleza y tranquilidad, ciertamente inolvidable.

Bogotá, D. E., 1963.